

## IV.

## SOBRE EL LIBRO LLAMADO DE LOS PENSAMIENTOS VARIABLES.

Dimos ya á conocer (pág. 371) el curioso y peregrino libro, que aparece en los índices de la Biblioteca Nacional bajo el título que vá en el epígrafe, cuando el autor, que no quiso revelar su nombre, se abstuvo de imponerlo al tratado, declarando que no sabia cómo llamarle (pág. 374); y prometimos incluirlo en las presentes *Ilustraciones* (pág. 373).

Cumpliendo pues esta oferta, y remitiendo á nuestros lectores á cuanto en los lugares expresados dijimos, tanto respecto del códice, paleográficamente hablando, como del mérito literario del libro, y de sus atrevidas doctrinas políticas, parécenos bien dejar á los mismos la confirmacion de las observaciones criticas en los indicados pasajes insinuadas, con el exámen del referido monumento.

Hélo aquí:

## Á LA REINA DOÑA ISABEL.

Reyna de muy gran grandeza  
y en todas cosas gran reyna,  
llena de mucha sabieza,  
no venga ante Vuestra Alteza  
quien este estilo no peyna;  
y si yo me desuergüenço  
ó me nuestro muy osado,  
no por trobar más peynado,  
ni limado, ni afeytado,  
mas por darme algun comienço.

Mi comienço en esto toca:

primero, clara prinçesa,  
mi vuestra vasalla boca,  
con gana que no se troca,  
sus rreales manos besa:  
do por no ser de los pocos  
que sabios veo nescrito,  
allí, Reyna, me rremito  
al gran número infinito,  
que el proverbio dá á los locos.

Non sale de mis entrañas,  
preclara princesa nuestra,  
querer contar las hazañas  
auidas en las Españas,  
ante la grandeza vuestra:  
nin si es scçia ó estancia  
de do primero salistes,  
nin do fuistes, nin venistes  
con todo quanto leistes,  
hecho con mucha constancia.

Ni porné las diferencias  
de estas tierras, nin su fuero,  
nin la su magnificençia,  
ni escreuiré la eçelencia  
del vuestro origen primero:  
nin la vuestra sangre scita,  
limpia de todas escorias,  
rrenouaré á las memorias;  
nin de sus grandes vitorias  
cosa alguna será escrita.

Ni escreuiré los millares  
del linage de los godos,  
nin menos los doze Pares,  
aunque de gozo y pesares  
sepa bien sus hechos todos:  
nin menos, señora, trayo  
escrito neste papel  
otro tan alto tropel  
de los deçindientes del,  
luz Despaña, don Pelayo.

Que do tanto bien se suma,

sin auer punto de mengua,  
 puesto que dello presuma,  
 ¿qué podrá escreuir mi pluma,  
 nin sabrá dezir mi lengua?  
 Pues, Reyna muy esmerada,  
 con quien la virtud se liga,  
 perdone lo que me obliga,  
 pues que desque mucho diga  
 auré dicho casi nada.

Que las cosas desta suerte  
 tocan siempre á lo de fuera;  
 mas mi yntençion se pervierte  
 á sentençia ques más fuerte,  
 siendo la inuencion grossera:  
 y porque no me derrame  
 en este estilo y dulçura,  
 vuestra eçelencia muy pura  
 se sirua desta escritura,  
 que no sé cómo la llame.

Por tanto, aquí sobreseo,  
 do poetas y oradores  
 cumplieron con mi deseo,  
 escriuiendo, segun veo,  
 los vuestros y sus loores:  
 pues, Reyna muy poderosa  
 y en todo muy singular,  
 no quiero más alargar;  
 mas haga fin mi trobar,  
 donde comiença mi prosa.

[COMIENZA EL TRATADO.]

1 Como el primer mouimiento de los pensamientos á ninguno sea obedi-  
 ente de tantas é tan diuersas cosas é tan fuera de la comun vida, es  
 nuestro pensar salteado, que no sé quién es aquel que en el número de  
 los sesudos contarse pueda. Yo confieso muchas vezes auerme rreydo de  
 tan arrebatados y variables pensares, quantos, sin mi querer, mi coraçon  
 pensó. É quanto yo más de aquesto enmendarme queria, tanto más de

1 En el códice de la Biblioteca Nacional ocupa este hueco el escudo de armas de  
 la Reina Católica, tal como se ha publicado en la II.ª Parte de la *Monografía de San  
 Juan de los Reyes (Monumentos arquitectónicos de España)*.

la mesma passion me hallaua preso, é aun hallo. Porque como yo qui-  
 siese ser entonces menos oçioso é solo, quanto más solo é oçioso me ha-  
 llase, salteado de los primeros mouimientos de mi pensamiento, muchas  
 vezes, sin yo lo auer querido, en los diuersos regimientos de este terre-  
 no mundo pensaua. Do creyendo que pues más de una vez era en el  
 tal pensar venido, é que non sin misterio aquello fuese lo que sin mi que-  
 rer començó con mi voluntad, proseguirlo me plugo; é como considerasse  
 tantas diferencias de prouincias, tierras, rregiones, rreynos é señorios,  
 quantas en el mundo vuiese, é asimesmo quán diuersos sus rregimientos  
 fuessen, mucho me marauillaua, porque á mí parecia no ser más de  
 vna la forma ó regla de gouernar. É que tanto quanto más de aquella  
 cada un regimiento se desuiase, tanto más era rregimiento errado. Do  
 concluya que, pues eran muchas las diuersidades del rregir, muchos eran  
 los yerros. Verdad es que me membré que muchas vezes la disposiçion  
 de las tierras é lugares pedian particular gouernacion, pero no podia nin  
 por esso conmigo, non solo non pensar, mas aun creya que las generales  
 rreglas del rregir siempre eran vnas. Á lo qual me daua muy ancha  
 materia el pensar en aquel soberano rregidor, que con vna orden é rre-  
 gla toda la universalidad destes mundos rrige, por lo qual de neçesario  
 se concluya, que quanto más los particulares regimientos de aquel se  
 desuiaban, tanto más yuan fuera del derecho camino. Mas recordándome  
 que en el cielo nin en tierra ninguna es á Dios semejable, juzgaba aquel  
 ser sabio rregidor, que más con la su sabia é marauillosa manera de  
 regir se conformaua. É así por su contrario, aquel non ser digno de tal  
 cargo, que por ninguna forma se guia. Pues con aquesto que así con-  
 migo fantasiaba, se me rrepresentó, no sola la gouernacion de nuestra  
 Castilla, mas á mi creer non quedó ninguna parte deste mundo que en mi  
 pensar non anduuesse é las maneras dél non me mostrasse. Porque allí  
 no quedaron los rreynos á este çercanos sin ser vistos, non la Italia, non  
 la Greçia, non la Turquía, non la populosa Alamania con todo aquello  
 que en la pequeña Europa se contiene; nin de la otra parte non la are-  
 nosa Libia, non Mauritania, non Tripolitea, non la guerrera Cartago,  
 non Numidia con aquellos pueblos que en la África se ençierran; nin  
 menos Arabia, nin Sabbá, nin Tarsis; non Persia, non Assiria, non las  
 grandes Nínive é Babilonia; non los Egiptos, non las negras Etiopias,  
 con todo aquello que en la estendida Asia se puebla. É por non detener-  
 me, todo lo abitabile de la tierra me parecia auer visto, donde, como ya  
 dixé, de tanta diuersidad, hallaba sus rregimientos llena que yo non po-  
 dia saber cómo se sustentassen. Era conmigo tan grande la passion que  
 desto reçeibia, que muchas vezes me reprehendí diziendo: ¡Oh, y cómo  
 seria yo agora por loco juzgado, si alguno sintiese quel pensamiento me  
 apassiona! En verdad poco menos tal que yo estaria el que de mí otra  
 cosa juzgasse. Non eran nin por esto mis pensamientos menores, antes la  
 su obra siempre creçia. É ya la passion que de lo tal sentia en ábito

conuertida, se me era deleyte el andar solo en lugares separados de gente, cuya dispusiçion muchas cosas que callo en el tal pensar aumentauan. Donde auino que vno entre los otros dias el mi pensamiento de las tales cogitaciones muy cargado, sin yo lo saber todo menudamente dezir, me contezieron las cosas siguientes en tal guisa.

Ya heria aquel nieto de Ceon é de Saturno con los sus claros rrayos los dorados cuernos de quel animal en quien los dos hermanos Frixo é Elles de la su ysla de Nepmes en la de Colcos se trasportaron. É començado auia de uncir los sus rresplandecientes cauillos en la noturna holgança apaçentados para el diurno trabajo, quando exçitado, alçada la soñolienta cabeça, é vista la primera luz, súpito me leuanté. É como primero que yo los mis dichos pensamientos se leuantassen, ellos me sacaron fuera é me separaron de poblado, adonde el suave zéfiro, las guerras de Boreas amansando, non menos contento con la esperança de la vista de Proserpina me tenia, que á lá madre Ceres, antes del filial rraption ya por Pluto hecho, tuuo. Pues, si en los solos y tales lugares la frescor suya é el suaué é manso rruydo de los trascorrientes rios aumentan é crien pensamientos, aquel lo puede testiguar que probado lo há. É ya era aquel hijo de Júpiter é Latona en el su luziente carro de cuyos rrayos la tierra se calentaua, é yo las sus sombras buscando, más cargado de ymaginadas fantasías que de ál me hallaua, tanto que á mi parecer ya era de mí más separado que de ningun otro, porque á mi parecia de cosa deste mundo ningun cuydado auer, é luego juntamente se me figuraba que todo el cuydado del cargo era mio, ó á lo menos las culpas que los rregidores del mal, rrigiéndole cometian. Así que con esto é con las cosas ya contadas de mis predichos pensamientos, sin yo saber desir cómo fué, vn tal caso se me ofreció.

Subido era Febo sobre la dezena parte del su horizonte é ya las silvestres se rrecogian en los sombrosos apartamientos, quando en más hervientes pensares que lo vsado me hallaua. Por lo qual, así por la calor forana como por aquella que interior sentia, á lugares que del sol más defendidos fuessen me aparté. É allí, en las cosas ya dichas pensando, como de nuevo en muchos argumentos sobre la gouernacion é rregimiento del mundo particularmente disputaua. É á mi creer pocas eran aquellas cosas, en que algun graue caso interuiniessse, que no memorasse. Pues como yo así á mí, fuera de mí en los pensamientos trasportado, tuviesse los ojos mios no sé á qué leuantados, me pareció ver de lexos venir un varon en rrico aparato ornado. El qual desdeque más çercano me fué, no otra mente que algun gran príncipe su atauío se me figuró. Él venia de muy rricos paños vestido, con diuersas texeduras, de muncho oro entremezcladas, é la cabeza semejablemente de rrica corona cubierta, con todo el otro ornato á esto conforme. Su gesto daua señal que aun no en los quarenta años fuesse la su edad llegada, é como que de algun afanado exerçicio á la sazón se hallasse.

É como viniessse en el lugar do yo era, deçendió del cauillo, é desdeque arrendado lo vuo á la fuente cabe la qual yo estaua, algun rreposito buscando, se acostó. Á mi ver yo vue causa de marauillarme de aquello, é casi los mis pensamientos afloxando en el visto varon, començé de me ocupar. Mas aun non era el mi pensar á esto leuantado, quando por la otra parte sentí como que alguno venia, é allá la mi humana cabeça voluiendo, ví ya çercano vn ombre venir, cuyo vestir é aparato gran rusticidad me mostró. É sigun su lienta cara, que de mucho sudor cubierta, aquella neçesidad creo allí lo traxo, que al otro é á mí auia traido; esto era, querer del sentido calor refrescarse. É verdaderamente non me mintió mi creençia. Porque como llegasse é de la clara agua algo beuiesse, con ledo gesto en la otra parte de la fuente sobre su cobertura se derrocó, como quien de mucho trabajo descansar queria. Yo no podia pensar las primeras causas de la venida de los dos allí donde yo era. É así allende desto, auia por nuevo que ninguno de ellos, nin me hablasse, nin aun tan solamente me mirasse. É si contra mí la su vista alguna vez terminaua, non otramete que si allí no fuesse era, de que non poco me marauillaua, lo tal sintiendo. Mas ya que á mi parecer ambos algo se viuieron alentado, aquel que primero vino, como que por pasatiempo así al rústico dixo:

—Agora me hazes tú creer aquella vieja enemiga que los tus pares con todo noble ó hidalgo tienen. ¿Por auentura non cabe en vos otra más sabida criança ó cortesía de aquesta, que tú á mí hazes? Yo non puedo creer en ninguna manera de todos vosotros, que aquesto por ygnorancia sea, antes más ayna por malicia.—El rústico labrador, sobre su codo rrecostado, como que á la rrespuesta se leuantasse, con serena cara así habló:—Mucho querria, antes que nada dixesse, saber con quién hablo, porque tales cosas son de dezir, quales el oyente podrá conosçer. É yo sabida la tu manera, desuiarme he de incurrir en el segundo yerro, pues del primero me culpas.—Á estas palabras así aquel noble varon rrespondió:—Dígote que de otra manera hablas que muestras que sabes, por lo qual me plaze que sepas que yo por agora tengo çeptro rreal, gracias sean dadas al que todo lo dá. É no te embaraçes, yo te rruengo, mas antes libre como si entre los tuyos fuesses, dí lo que quieras.—Poco se alteró el simple ombre, oyendo quién era aquel que ante sí tenia, antes obedeciendo la amonestaçion á él hecha, así dixo:—Graue cosa es á los rústicos é simples ombres con las rreales magestades contender en cosa ninguna, mas rrecordándome que el obidiente pequeño error comete, me plaze dezir aquello que de la primera habla de tu alteza siento. Los onbres en este mísero mundo venidos todos fueron ygualmente señores de lo que Dios, antes de su formacion, para ellos auia criado, é desta manera si onestamente dezir se puede, gran enemiga de uemos auer é tener los tales como yo con los altos varones, pues forçosamente auíendosse usurpado el señorío, nos han hecho sieruos. É puesto que tu magestad diga que aques-

ta larga é gran costumbre es ya buelta en naturaleza, sepa que por aquellas leyes por donde lo dicho se principi6, querriamos el contrario rehacer, porque toda cosa que con fuerça se haze, con fuerza deshacer se tiene.

Aquellos que agora el mundo señoreays, no por solas vuestras fuerças, como ya fué, teneys los rreinos é señoríos; pues si esto así passa sin que negarse pueda, agora que con fuerças senzillas aquí uos hallo, ¿qué desmesura nin malicia he yo cometido? Antes podria yo dezir, sigun lo que arguyo, é la criança de las casas reales, que tu alteza aya caydo en la culpa de que me culpa. Verdad es, alto rrey, que así como los miembros corporales se guian é rrigen por la cabeça, así á los rreinos é señoríos conuiene auer una cabeça, un rregidor, el qual, por solo virtuoso, mereçer es bien que señoree. É entonçes diremos ser señorío natural quando tal auiene. Porque bien auenturada es la tierra cuyo rey es de virtudes noble, é los sus grandes de todo viçio alongados, toman el comer conuenible. ¡É guay de aquel rreyno, el rey del qual es de virtudes mo- chacho é los sus príncipes almuerzan tenprano!

Bien era de tener por marauilla ver así vn simple labrador razonarse. É aun yo pienso que non era del rey que presente estaua en menos tenido. Antes, sigun á mí pareçia de oyr, le rreçebia deleyte, é por darle causa de más larga habla, así le habló:—Gran plazer he sentido de las cosas que as dichas, é pues aquí somos á lança pareja, ninguna verdad se encubra. Á mí pareçe, si conocerlo querrás, que bien que en las primeras edades del mundo todas las cosas fuessen comunes, que más era por la bestialidad de los habitantes, que por ser prouechoso á ninguno. É aun allende de aquesto, la gran habundancia de la nueua tierra é los pocos comedores della, daua ocasion á non buscar más, lo qual agora era imposible, así las gentes poder beuir. Verdad es que si todos fuessen de sana intençion, aun durarian las cosas en ley de comunidad; mas como aquesto ser non pueda, aquel que más trabaja á por graue que otro lo goze, lo qual es causa que aquellos que para más se piensan ser forzosamente, se enseñoreen de los menores é de aquellos se siruan. É pues la comunidad por muchas inconuenencias cada ora se desataria, que cada uno procure el proprio provecho no es ylicito.—El simple aldeano, non pudiendo sufrir lo que oya, pareçiéndole fuera de rrazon, las palabras del rey enterrrompiendo, así dijo:—Altísimo príncipe, si la sentençia de tu dezir yo he bien rrecogida, gran materia me da de dezir munchas cosas: yo hablo de aquellos que por natura deuen ser señores, é tu alteza forma neçesidades á las tiránicas señorías. Sea como mandas; mas pues á tu rreal magestad pareçe que es cosa graue que ninguno goze de lo que otro trabaja, por lo qual, como pueda, es bien cada uno enseñorearse. ¿Siente por auentura tu alteza qué pena será la nuestra veyendo á los que mayores se han hecho de nuestros afanes goçar? En verdad á mí pareçe non ser á esto otro testigo neçessario, sino aquello que denantes

dexiste. É aquí se nota quán diligente juez deue ser cada uno de sí mesmo. Nosotros, llenos del afan é del cuydado, passamos los dias sin ningun plazer: nosotros, llenos de mil miserias, somos por muchas maneras despechados: nosotros, llenos del creçido trabajo de que los reyes é grandes señores os lleuays todo el prouecho.

Pues sigun estas obras, pequeña enemiga os tenemos, é non con rrazon ningun hidalgo nin dende arriba de uos quexarse puede. Antes nos de vosotros sí, é mayormente de aquellos que nuestros se son, que usurpando el hábito militar, vulgarmente escuderos se llaman. Mas verdad diziendo, magnánimo rey, todo seria en fin bueno de comportar, si las nuestras cosas con rrobo contino destruir non viésemos.—Á estas palabras así el rey rrespondió:—Comun costumbre es de todo sabio varon aquello, que más enfermo está ó más neçesidad muestra curar ó rremediar primero. É bien que de las cosas dichas, aun haria mucho que hablar; mas por ser quistion que á mí toca en largo modo, sobreeso, doliéndome mucho de la quexa que agora diste, ser los míseros labradores despechados. É esto, non sólo por lo que deueis cada vno á cuyos soys, por sí deue dezirlo, mas avn por el proprio prouecho eres tú, é qualquiera obligado.—No tardó el rrústico mucho á la rrespuesta, antes bien como començando, así se razonó:

—Excelentísimo rey, sigun lo que agora pareçe, todas las cosas son delante los grandes príncipes, é nada faltarles me creo, sino quien la verdad les diga. ¿É cómo entre tanta multitud de gentes quantas de las migajas de la tu alta mesa se mantienen, non hay quien lo verdadero de aquestas cosas te cuente? Verdaderamente graue me pareçe el creerlo. Aunque aquella denegada lisonja de que los reyes soys contino mordidos é la gran sed del ganar de los lisongeantes, no sólo aquesto encubre, mas aun infinitos males acarrea, lo qual quiebra sobre uos. ¿É qué mayor mal puede auenir, magüer que si auiene, que ver el triste labrador del trabajo é sudor suyo mantenerse los gastos reales, la ponpa de los grandes señores, la desgastadiza locura de los cortesanos, la creçida riqueza de aquellos, quen la real hacienda entienden? É asimesmo, ¿qué sentirá veyendo todo esto é verá el poco cuydado de la justa gouernacion, que de su propria uoluntad el príncipe tomar ha querido? Quanto más que vemos que todo se gasta en ricos vestires, en golosos comeres, en blandas é delicadas camas, en caçantes aues, en mucha diuersidad de perros, en ynuentadas justas, en solepnes fiestas, é lo que peor es, en los alarderos truhanes, que no sin gran cargo de conçiencia hazerse puede, é por no detenerme, en toda manera de deleyte. Pues por auentura, ¿no sentirá el simple aldeano aquestas cosas por muy graues, ó será como el asno á la viuêla? Ayna diria ser así de la naturaleza proueido, que aquello que con mucho afan é mísero trabajo se alcança, sea con alegre é deleytable plazer gastado.—Non con pena nin con saña, mas con ledo gesto rrespondió así el rey á las oydas palabras:—Vosotros la compaña de

los simples ombres aueys por muy graue de sufrir los propios afanes, é aquellos estimais en más que mucho. É todas las cosas ajenas reputays viçiosas é llenas de deleyte, lo qual seria de vosotros al contrario estimado, si bien la verdad fuesse sabida.—¡Oh, clarísimo rey! non dudo, dixo el labrador, que assi non sea: mas como ninguno pueda juzgar de lo que non vee, é como lo visto sea por mí, no sé quién ótra cosa diga. Por tanto, á tu magestad suplico quiera en esta parte declarar lo que calla.— El rey con riente cara diziendo que era contento, assi començó:

—Los que creen é piensan que todo descanso, toda holgança, todo deleyte con toda la beatitud more ó esté en los estados rreales, non son de pequeño número. É non sólo aquesto creen, mas aun afirman que ningun rreposito allende el nuestro desear nin auerse puede. É de aquestos que tal creencia siguen, de los tales como tú es el mayor mérito, cuyo error es tan grande que mayor non puede, é oye por qué. El mundo que hoy tenemos es de tal suerte, que á ninguno haze contento la vida que passa. Tú piensas cuando miras las nuestras córtes con todo quanto dexistes, que tal sea el ser de lo que sentimos como la apariençia dél. Digo que yerras; porque non menos vezes creo dessecamos la vida que teneys, que vosotros la nuestra. É aun más quanto más segura la conoçemos. Dime, que Dios te vala, qual estimas tú por mayor trabajo: ¿aquel que solo el cuerpo sostiene, ó aquel con que el espíritu se aflige? ¿Negarás por auentura no ser el espiritual afan muy mayor que el corpóreo? Yo creo que no. Pues veamos: ¿no son á tí notorias las espirituales fatigas que continas los reyes tenemos, llenas de temor é tristeza? ¿No consideras tú que los Grandes tormentos passan? ¿No vees que quando más paz pareçemos tener, ya por una parte, ya por otra los comarcanos reyes la quiebran? É quando aquesto cessa, los nuestros grandes escaruan é buscan, cómo en neçessidad dellos estando, los adoremos. Por otra parte, los enemigos de la fé nos pornian en mil agonias, si las armas dexássemos. Allende desto, las continas querellas é contiendas de nuestros vasallos, los pleytos é demandas antiguas que de los mal gobernados tiempos passados quedaron, con otras infinitas cosas que cada dia interuienen, las quales era imposible á ningun cuerpo humano sostener, si las rrecreaciones contadas non tuuíssemos. ¿É cómo crees tú que tiraria bien la vallesta si estuiesse mucho armada? Non lo creas. Que en verdad te digo ser muchas las noches que duermes tú muy más holgadamente sobre viçiosos çéspedes, que yo so las sauanas de Olanda. Porque á tí despues del corpóreo trabajo descansas: todo comer te es tenplado, é el murmurable son de los huyentes arroyos sobre la fresca yerua acostado, te administra sabroso dormir. Mas aun nin los delicados manjares cargado de infinitas congoxas me aprouechan, nin el cuydado de todos los cuydados dormir me dexa. É si por auentura, cansado de la luenga vela é del gran pensar me adormezco, non me es menos enojoso el soñar que el non poder dormir. ¿Pues qual de vos querria tal vida, si á vno de dos fines non se

tomasse, ó á querer por santo ser auido, tal beuir por penitençia tomando, ó sofrirle con los descansos que ya tú confesaste? Así que non es tanta la bienauenturança de nuestra vida como la apariençia de ella.— Auiendo el rrústico oydo las cosas que el rey auia dichas, pareçiéndole que en el fin de su habla fuesse así, prosiguió:

—Fuerte cosa es aquesta, ylustrissimo rey, que agora poco ha contaste: esto es non auer en este mísero mundo alguna via de contento beuir para ninguno; porque á mí pareçe aquel poderse llamar bienauenturado que está lleno de poderios, dignidades, amigos, parientes, con toda manera de riquezas, para lo qual auer todos trabajan é mueven, é auidas las, por marauilla, veo ninguno que las dexa. Pues ¿qué afan ó qué trabajo, ó qué fatigable congoxa, ó qué espiritual agonía es aquella de que tu alteza queixa, que si tal es non sea muy mejor dexarla que non aun sostenerla, mas pensarla de creçer veo que los príncipes siempre estudiays? ¿É quién haze fuerça á tan alto rey como tú si las espirituales passiones son tales como las dichas, que así por desecharlas como por tomar vida de mayor rreposito é contentamiento non trabaja? Yo, que soy aquel que tu magestad vee, quando siento mucha fatiga en lo que obro, despues de saber que non lo comeré si no lo afano, procuro el descanso pospuesto todo lo ál. É quien es cierto que nunca le falleçerá, ¿non puede hazer lo semejante? Perdóneme tu serenísima alteza; yo te suplico que yo non puedo creer que la verdad de la tal vida os aflija, mas antes la su viçiosa delicadeza es la mayor causa. Porque entonces diremos ser aquel de gran viçio é rreposito vsado, que muy pequeño trabajo mucho le apremia. ¿É cómo pensays los grandes reyes que nos los rrústicos dexemos por el exterior trabajo el cuydado, así de las vuestras cosas como de las nuestras? Non, en verdad: antes nos aconteçe muchas vezes que uenidos de nuestra labor ó del campo, hallamos las mujeres llorando é las cosas rrobadas, que nin sarten, nin alhamar en ellas queda. Porque los vnos por los tributos, los otros por mil desafueros dándonos á entregar nos prendan é nos lleuan quanto hallan. ¿Ygualar se á por auentura agora en estrecheza de sentimientos, en ansia de espíritu, la rreal vida con la nuestra? Á mi juicio non, é la rrazon es muy clara. Porque non nos aflegimos con espiritual é corporal trabajo, é mas que ygualmente que cuando lós rreyes, é aun tambien quando ellos rrepositan. Así, que si el rrey trabaja, yo non huelgo. Si el rrey es de pensamientos carga—

(El códice ofrece aquí notable laguna, tanto más sensible quanto es más interesante el pasaje por la naturaleza del asunto.)

nos te desgastan, las armadas gentes te empobreçen é nos solos te sostenemos. Pues así de nos te deues seruir, que siempre seruir te podamos.— Al rrey, pareçiéndole ser el labrador en el fin de su dezir, así le rrespondió:

—Una cosa aprendo de la manera de tu razonar, la qual me afirma que más passion que rrazon te mueue á lo que dizes: esta es que bien que muchas cosas digas á los rreyes conuenientes, en tal manera las dizes, que el prouecho dellas sienpre sobre los tales como tú caya. Lo qual es mucho de rreprehender en todo aquel que á otro conseja. Porque entonces diremos ser fiel el consejero y verdadero el consejo, quando es en daño de la parte que lo dá.—No tardó el simple aldeano á la rrespuesta, diziendo:—Magnánimo rrey, non puedo yo negar nin quiero que la vniversal passion, de la que en los tales, como yo veo, non me muestre qué diga é cómo. Mas considere tu alteza que quando las más baxas cosas se veen á los rreyes proveer, á las gentes queda gran esperanza que non quedarán fuera las mayores. Quanto más que la boz de justicia sobre que yo me çimiento, no quita á ninguno lo suyo, antes que lo dá. É por tanto, altíssimo príncipe, non sienpre el consejante a de consejar su daño nin su pro, mas sienpre verdad é caya como cayere. Bienauenturado rrey, á mi parecer el ofiçio que la sangre en los humanos cuerpos tiene gran exemplo para los gouernadores deste mísero mundo, la qual sienpre socorre é aconpañá aquella parte del cuerpo do más flaqueza ó mengua conoçe. De dó se causa el enbermegeçimiento del rostro, porque como la passion de vergüença él padezca, socorriendo allí la sangre é aconpañándole, ençiéndele más de lo conueuible. É así de la misma manera es la amarillez de la cara, por ser la sangre yda en socorro é conpañía del medroso coraçon, conociendo la passion de su flaqueza. É yo, ilustríssimo príncipe, non porque á mí nin á los tales como yo quiera primero auer, me muevo á lo que digo; mas porque me parece ser allí más neçessario el socorro, vengo allí primero como la sangre. É así suplico yo á la tu magestad, magüer que de las tus rreales orejas oydo ser non merezca, quiera tomar por ofiçio vna vez querer de los querellosos ser visto, é despues seguir el enxemplo que de la sangre puse.—El rrey rrespondió:—É tú piensas, por auentura, que las cosas que á los grandes príncipes auienen, sean tan distintas ó apartadas que luego se conozca, cuál sea ó dónde está la mayor neçesidad? Non lo creas. Antes son tan muchas é tan enbueeltas en una ygualdad, que non sabe onbre á cuál buelua la cabeça.—¡Oh, eçelente rrey! dixo el rrústico, el no començar las cosas en tiempo es desto tal mayor causa. É non puedo yo creer que tan rrebueeltas sean las cosas que dizes, que á lo menos tu ánima, tu seso, tu conçiencia, tu natural distinto non te guie é muestre ser alguna de mayor neçesidad llena. Pues allí sea el tu proueymiento muy presto, é así á cada vna que por mayor se te ofreçerá. Lo qual obrando, creo que en pequeño tiempo, saluo si querer holgar non lo ocupa, pocas quedarán que buenas de conoçer non sean é mejores de rremediar.

¡Oh qué tan atento era yo oyendo al prudente rrey é al sabio aldeano, hablantes las cosas contadas! Tanto que á mí creer nin me mouia,

nin aun pesteñeaba. Pues yo así en el tal deleyte estando, ya que Apolo de más del medio çerco la metad deçendia, vi mucha cauallería venir con tal apresuramiento, que bien mostraua congoxosa busca del su señor. É vístole cada vno como mejor se le adereçaua, vinieron con mucho gozo á le besar las manos. É luego traydole el su cauallo et en él subido, ya que se yua, la cabeça buelta, así al pobre labrador dixo:—Queda con Dios, que á él plaziendo, alguna vez auremos más larga habla sobre aquestas cosas.—El rrústico, hecha á la su manera vna gran rreuereñcia, rrespondió:—Á la tu magestad suplico que en tanto que essa ora llega, trayas á tu memoria las cosas dichas é con algun fruto.—É aquí se calló. Tomada pues la su capa, sobre la qual auia estado, echada sobre su onbro, siñ más allí detenerse, se tornó el çamino que traxera. É yo quedando solo, començé por mi memoria de traer las cosas allí oydas. Las quales, assí como mejor supe é pude, las escreui, pareçiéndome ser de memorarlas obligado.

Mas si por uentura son  
en grosero estilo escritas,  
perdóneme, que es rrazon,  
pues no soy yo Solomon  
nin sus çiençias infinitas;  
nin soy Tulio, el gran maestro  
del buen hablar, nin Paneçio,  
nin Gorgias, nin Vegeçio,  
nin Salustio, nin Boeçio,  
mas soy vn vasallo vuestro.

Nin soy Virgilio latino,  
nin soy Demóstene griego,  
ni á Ouidio me declino,  
antes mi simpleza inclino,  
quando á sus çiençias me lleço:  
nin soy Crátipo ateniés,  
nin soy Anfion tebano,  
nin Omerò, nin Lucano,  
mas vn pobre castellano  
con algo de portugués.

ACABA.

Pues, alta Reyna, suplico  
que Vuestra Alteza non mande  
sirua el pobre como el rrico,  
nin pida nel lugar chico

las cosas que son del grande.  
 Mas, princesa señalada  
 en toda Rrealidad,  
 vuestra muy gran magestad  
 rreçiba la voluntad,  
 ques por obra destrocada.

FIN DEL TOMO VII.

## ÍNDICE.

	Páginas.
Advertencia. . . . .	V
CAPITULO XV.—ESCRITORES NAVARROS Y ARAGONESES DURANTE EL REINADO DE DON JUAN II.—Carácter de los estudios bajo don Juan de Navarra.—Hereda el trono de Aragon.—Sus hijos.—EL PRÍNCIPE DE VIANA.—Su educacion literaria.—Sus vicisitudes y desdichas.—Su destierro.—Su muerte.—Sus obras.— <i>Sus cartas y requeistas poéticas</i> .—Sus traducciones.— <i>Las Éticas de Aristóteles</i> .—Exámen de esta version.—Su Epístola á los Sabios de España.—Pensamiento transcendental de la misma.—Su <i>Lamentacion á la muerte de don Alfonso</i> .—Su <i>Crónica de Navarra</i> .—Juicio de don Carlos como poeta, filósofo, orador é historiador.—Ingenios que se le asocian.—TRADUCTORES.—Vidal de Noya, Hugo de Urries.—HISTORIADORES CATALANES: Pere Tomich y Gabriel Turell.—ARAGONESES: Pedro X. de Urrea; Luis Panzan; Pablo de Casanate y otros.—FILÓSOFOS Y ESCRITORES DIDÁCTICOS.—El Castellano Alfonso de la Torre.—Algunas noticias de su vida.— <i>La Vision Delectable</i> .—Su objeto.—Su materia.—Su forma literaria.—Exposicion y juicio de esta obra.—ESCRITORES ASCÉTICOS.—Noticia de los más celebrados.—ORADORES: don Fernando de Bolea y otros caballeros de la córte.—Oraciones y Epístolas de Bolea á la muerte de don Carlos de Viana.—Carácter de estas producciones.—Observaciones generales. . . . .	3
CAPITULO XVI.—POETAS DEL REINADO DE ENRIQUE IV.—Relaciones literarias entre Castilla y Portugal.—Ingenios portugueses que cultivan la lengua y poesia castellana.—El infante don Pedro.—Sus poesias.—Sus <i>Coplas del Contempto del mundo</i> .—Juicio de este poema.—Su influencia en los ingenios portugueses.—Don Pedro, el Condestable de Portugal.—Sus relaciones con los poetas castellanos.—Sus obras.—Su <i>Sátira de felice é infelice vida</i> .	